

XII

En el nombre de Dios

Unos días después, cuando Beatriz se sintió más calmada, le escribió a Arnau. Le pedía que viniera a visitarla. Estaba segura de que sus padres no se opondrían al matrimonio. Tal vez pudieran pensar una solución. Le explicaba que no se animaba a dejar su hogar sin que sus padres lo supiesen, aunque fueran a vivir a lo de Regina.

Intensas dudas la asaltaban. Quería tanto a Arnau, pero no sabía qué era lo que debía hacer.

Tenía miedo de establecerse en un lugar en donde nunca había vivido antes.

No le explicó que se sentía enferma y con mareos, ni que había días que no podía comer. Estaba segura de que eran los nervios y la incertidumbre de los momentos que pasaba. Era mejor que no le dijera nada por el momento.

Cuando terminó de escribir, bajó a la cocina a buscar a Agoi, que estaba ocupada lavando los utensilios.

"Agoi, esta nota es para Arnau. Debes hacérsela llegar lo antes posible."

"Ya señorita, esta tarde la llevaré."

"Es importante que la laves ya."

"Cuando termine de lavar. Recuerde que somos muy pocos y hay muchas cosas que hacer."

Astruga había despedido a dos de las sirvientas semanales que ayudaban a Sarah con la ropa de cama. "Era mejor quedarse con poca gente de servicio," había explicado.

Beatriz pensó llevar la nota ella misma, pero se dio cuenta de que no sería posible. Sarah repetía lo que se decía en el mercado, que mataba a gente en las calles, que ponían presos a cuantos creían que eran amigos de judíos. "Ya nadie va al mercado. Los vendedores ambulantes han desaparecido. Tienen miedo. No sé como haremos para comer. No se encuentran vegetales y para qué decirle de huevos o gallinas. Ni qué hablar."

Beatriz entregó la nota a Agoi. "Si Dulcia o mamá preguntan por mí, les dices que no me siento bien."

"Esta noche la acompañaré en su cuarto. "La ayudaré en lo que necesite."

Beatriz subió a la alcoba. Se sentía tan enferma que no sabía si contarle a Astruga. Le dolía la espalda. Por momentos parecía como que se ahogaba.

Esa noche se despertó. Vio a Agoi durmiendo a su lado. Se levantó. Los dolores en la espalda habían aumentado. Se acercó a la vasija y vomitó. El ruido despertó a Agoi.

"Señorita, señorita."

"Nada Agoi. Nada. Esto me viene pasando desde hace unos días. Los nervios me tienen enferma."

Agoi empapó unos lienzos con agua perfumada y le explicó que si se los envolviera en el cuello le pasarían las náuseas...

Agoi tomó la mano de Beatriz.

"¿Entregaste la nota a Arnau?"

"Uno de los sirvientes la recibió."

"¿No lo viste?"

"No me dejaron entrar, señorita."

"¿Recibiría la nota?"

"Estoy segura de que sí," dijo Agoi y se dio cuenta de que Beatriz estaba muy nerviosa.

"No se preocupe. Ya verá. El señor Arnau vendrá a visitarla."

Beatriz no respondió. Después de un rato, concilió el sueño.

Esa mañana, al despertarse, volvió a vomitar. Agoi se apresuró a alcanzarle la vasija y un lienzo de seda. Ezequiel entró al cuarto. "Ezequiel. No bajas a los pisos de abajo."

"Ya lo sé," dijo Ezequiel y salió corriendo nuevamente.

Dulcia, que había entrado, siguiendo a Ezequiel, explicó que ella estaba encargada de cuidarlo, pero que el niño corría por todas partes y que era difícil controlarlo.

"No sé qué piensa mamá. Ya no tenemos a nadie en el palacio. Hablan de conversos y no conversos. ¿Qué es esto? Dicen que hay denuncias de los que dicen que se convirtieron y estas denuncias las hacen los sirvientes."

Beatriz preguntó, "¿Los sirvientes?"

"Sí. Aunque nada es seguro. Ya sabes. Si somos judíos, es porque somos judíos. Si somos conversos, es porque somos conversos. No hay vuelta que darle. Una cosa u otra. Dicen que quieren estar seguros de que los conversos son cristianos de verdad. No sé ni qué quieren. Todo es lo mismo. El cuento es que se "hereda" un no sé qué. Válgame. ¡Qué locos! Todos llevan rosarios en el cinturón y las mujeres que se convirtieron, como... la madre de..." Dulcia se dio cuenta de que iba a mencionar a Angelina, la madre de Arnau. "Bueno, todos los nuevos cristianos hacen lo posible para mostrar su nueva fe. ¡Qué ridiculeces! Van diez veces al día a la iglesia y se santiguan a cada rato."

Beatriz le hizo seña con la mano que dejara de hablar, pero Dulcia continuó, "No hay nadie que lave la ropa de cama. Mamá dijo que la tendremos que lavar nosotros."

"Dulcia, ya está. Estoy enferma. No estoy bien."

Beatriz se puso la bata de cama y añadió: "Bueno, te ayudaré con lo que quehaceres, y entonces..." No pudo terminar. Corrió hacia la tinaja y vomitó.

"¿Qué es esto?"

"No sé."

Dulcia se acercó y acarició la mano de Beatriz. "¿Sabes algo de Arnau?"

"Por favor no hablemos de Arnau. Le escribí. Espero que me conteste."

Beatriz se volvió a recostar y Dulcia dejó la habitación. Los problemas parecían encontrarse por doquier.

A la mañana siguiente, llegó una nota de Raquel Peryra, una prima de Astruga. Explicaba que era inminente que dejara su casa. Debía ir a vivir con ellos. Les explicaría personalmente lo que pasaba con su esposo. Llegaría al palacio a la hora de almuerzo. Se cubriría con un burdo manto para que nadie sospechara. La acompañaría solamente Tomasa, la criada de mayor confianza, que llevaría un rosario al cuello, como lo hacen ahora, y esto ayudaría a disipar cualquier sospecha. Además, explicaba, que entraría un rato a la Catedral.

Raquel vivía en el Carrer de la Palla. Un siglo antes la muralla romana había sido abierta y el Carrer de la Palla se comunicaba con la Baixada de Santa Eulàlia, que en esa época se llamaba el Carrer de la Volta. Raquel, en vez de seguir una línea directa pensó que sería mejor entrar en la Catedral, detenerse un momento en el santuario y, si la de Sant Felipe Neri estaba abierta, entraría también. Bajaría por Sant Domenic del Call hasta Sant Ramón.

Raquel estaba embarazada de su primer niño y hacía varias semanas que no salía de su casa debido a los rumores que los criados traían de la calle. "Acusaron a Efraín." Explicaba. "Recibí una nota de alguien. No sé bien qué es lo que quieren. El pergamino tenía un sombrero rojo. Tengo miedo."

Su esposo, Don Efraín comerciaba en telas de Damasco y desde hacía dos meses que se encontraba en Ruán. Don Efraín había protegido a dos conversos que, dejaron Barcelona y se declararon judíos en Francia.

La noticia sorprendió a Astruga. Quedaban pocos parientes en la ciudad y no sabía que Raquel todavía vivía en Barcelona. Pensó que lo mejor sería que se quedara a vivir con ellos hasta que el niño naciera.

Recordó las pandillas callejeras. "Ojalá pueda llegar sin problemas."

Astruga no sabía qué explicarle a sus hijas. No les podía decir lo que pasaba. Nadie sospecharía que viviría con ellos.

Astruga se reunió con ellas y les dijo que Raquel se quedará un tiempo en el palacio. "Está embarazada y Don Efraín está en Francia por varios meses."

Beatriz se alegró de que Raquel los visitara. Bajó a la cocina y quiso preparar un pan dulce.

Sarah la dejó entrar y le prestó una de sus camisolas. Era como si la noticia hubiera cambiado el apesadumbrado ánimo de Beatriz.

Mientras Beatriz mezclaba la leche en la cacerola y le añadía azúcar quemado, escuchó una gritería frente al portón principal. Dejó la mezcla en el fogón. Vio a Saltiel que entraba apresuradamente y trancaba el portón con el barrote de hierro, que solamente ponían de noche.

Saltiel corrió hacia la cocina, y se dejó caer en el piso de ladrillo. Sarah le entregó una tinaja de agua y dándole un suave golpe en la espalda, trató de calmarlo. Saltiel bebió el agua. Le dolía la pierna. Gesticulaba con las manos sin pronunciar palabra.

Beatriz se paró detrás de Sarah.

Saltiel explicó, entre barboteos, que un religioso dominico con un crucifijo en la mano caminaba por las gradas de la Catedral gritando "conversión o muerte." Un grupo como de cincuenta hombres y mujeres, también en las gradas, aplaudían. Algunos hombres tenían torchas encendidas, y otros machetes. El misionero parecía entusiasmarse a medida que se unían más personas al grupo. Se decía que bajaría hasta el Carrer del Cal."

"No puede ser," dijo Sarah.

"Se lo aseguro. Unas mujeres sentadas en las gradas de la Catedral me dijeron que predicó un sermón en contra de los judíos."

"¿En contra de los judíos?" exclamó Beatriz arrodillándose al lado de Saltiel.

"No estoy seguro. No sé, señorita, pero dijeron algo así."

Beatriz se acuclilló al lado de Saltiel y le secó el sudor de la frente con un repasador, "Tienes que ser más claro y

decirnos lo que pasó. ¿Crees que realmente vendrán cerca de aquí?"

"No dije que vendrían por aquí. Esos eran los rumores."

Saltiel añadió que él estaba arrodillado en las gradas de la Catedral, pero que uno de los hombres en cuando lo vio, gritó "Ese es el escudero de los judíos." En ese momento, se levantó y corrió sin parar hasta que entró en el palacio.

"¿Qué dirá mamá de esto?" dijo Beatriz cubriéndose el rostro con el delantal.

Saltiel quiso pararse, pero las piernas comenzaron a temblarle sin control, y se recostó nuevamente.

Sarah explicó que unos paños caliente le harían bien. "El miedo y el frío te provocaron el temblor," dijo mientras caminaba a calentar agua.

"Es mejor que nadie salga del palacio," dijo Cetrino que acababa de llegar.

"No. Tienes que ir a ver a tía Raquel y decirle que no venga."

"Mande a otro señorita Beatriz. Lo que es yo no me muevo de aquí. Yo no voy a ningún lado. Me van a matar."

Saltiel se sentó y apoyó la cabeza en la pared de piedra.

Astruga llegó en ese momento. Cetrino decía que había escuchado gente que gritaba: "Mueran los herejes."

"Parece que hay tumultos, señora," dijo Sarah secándose las manos en la camiseta.

"¿Dónde es esta vez?"

"Nadie sabe, señora. Nadie sabe ni qué es lo que pasa," respondió lacónicamente Cetrino.

"Mamá, tenemos que avisarle a tía Raquel que no puede ir a la Catedral."

"¡Raquel! Me había olvidado. ¿Qué podemos hacer? Hay que hacer algo. Hay que hacer algo," Astruga gritaba mientras hacía girar su cuerpo. Se quitó la cofia. La cabellera cobriza relució con una hilera de perlas. Se cubrió el rostro con las manos como si estuviera buscando una solución.

Beatriz nunca había visto a su madre tan asustada. Le pareció que había empequeñecido. "Mamá," dijo, "tal vez si voy con Sarah... y la encontramos en el camino..."

"Señorita, eso es una locura," gritó Saltiel.

"Ya es tarde, hija," explicó Astruga, con tono resignado, "ya debe de haber salido de su casa."

"Le puede pasar algo," dijo Beatriz tomando la mano de Astruga. "Tenemos que ayudar a tía Raquel. Hay que ir a buscarla."

"Lo que es yo, no salgo del palacio, mi señora Astruga," volvió a repetir Cetrino, entre quejidos. "Que maten a otro."

Astruga, sin estar segura de qué era lo que había que hacer, dijo "Es mejor que esperemos aquí. Tal vez nadie sospeche de ella."

"Podría descorrer uno de los armarios del sótano, señora," explicó Jacobo que acababa de llegar.

Sarah se tapó la boca con la mano mientras decía "Ay, ay, mi Dios, que será de nosotros."

"¡Sarah!" gritó Astruga.

"Ya sé, señora, ya..."

"¿Desde dónde se ve mejor?" preguntó Astruga. Sarah explicó que Jacobo debía remover los armarios que habían colocado frente a las ventanillas.

Saltiel no podía pararse y Sarah fue en busca de Agoi y Eulalia.

Beatriz volvió a la cocina y vio el dulce quemado. Se sintió sin fuerzas para levantar la cacerola y arrojar el potaje en el pilón. Se acercó a la fuente que estaba al lado del lavadero y se empapó la frente. Se sentó en la piedra que Sarah golpeaba la ropa. Se sintió débil e impotente. ¿Qué pasaría con Raquel? ¿Qué pasaría con ellos? Por primera vez tuvo la sensación de que estaba encerrada en una cárcel.

Se paró y acarició las lozas que cubrían las paredes del lavadero. Era como si la frescura de las mismas le devolviera la calma que necesitaba. Pensó en Arnau. ¿Cómo podría irse con Arnau y abandonar a sus padres en estos momentos que la

necesitaban? Caminó hacia el jardín. Sin que la vieran vomitó nuevamente y se limpió los labios con la palma de la mano.

Sarah había vuelto con Agoi y Eulalia.

Beatriz se acercó a Astruga, que parecía haber perdido conciencia de las cosas, pues miraba a la distancia como si sus ojos divagaran.

"¿A qué hora vendrá el papá?"

"Tenía una reunión con el rabino en Valencia. Me dijo que pasaría la noche en lo de Don Shlomó."

"¿Quién lo acompañó?" preguntó Beatriz asustada.

"No sé. No sé, hija."

Astruga comenzó a estrujarse las manos en la túnica de terciopelo verde. Este gesto era extraño en ella.

Agoi, Eulalia y Elisenda ayudaron a Sarah a remover uno de los armarios del sótano. Había cinco otros pequeños ventanales con hierro forjado que habían sido clausurados por pesados armarios.

Astruga miró hacia afuera. La calle estaba desierta. Tal vez no pasara nada, pensó.

Agoi ayudó a Saltiel a sentarse en una silla al lado de la cocina.

"¿Qué vamos a hacer mamá?"

"Nada, hija," dijo Astruga abrazando a Beatriz. "No hay nadie en la calle."

Astruga se acercó a Cetrino. "¿Está seguro de lo que dijo?"

"Por lo que usted quiera señora, que yo no miento."

Escucharon un griterío al lado del portón. Astruga corrió hacia el ventanal nuevamente y vio un grupo de hombres y mujeres que prendidos de las manos gritaban.

Sarah se acercó a Beatriz. "Será mejor subas a las habitaciones de arriba."

"No. Yo me quedo aquí a esperar a tía Raquel. Me quedo, me quedo," repitió Beatriz con energía.

Se escucharon los gritos de unos hombres que pedían que abrieran el portón. Traían un mensaje de Don Vivas Alfachín.

"¿Abrimos el portón, señora Astruga?"

"Sarah, mande a llamar a algunos otros hombres. "

"Aquí ya no queda nadie señora. No sé si es para tanto. ¿Por qué no pregunta quién es?"

"No," dijo Astruga. En ese momento recordó que había dado orden de despedir a varios hombres semanales.

"Tal vez Riambao esté en su habitación. Buscaré a los otros hombres. No sé si todavía están aquí," dijo Sarah y cruzó el patio hacia las habitaciones de servicio.

Sarah sabía que mentía. No había nadie más que los tres hombres de confianza. Jimeno y Jaume habían desaparecido. No sabía dónde podrían estar los otros, con eso de despedir y volver a tomar a la gente. No, se dijo, la señora no está bien, un día despedimos a unos y al día siguiente volvemos a contratar a otros. Cuando no hay nadie que cuide las plantas, llama al jardinero nuevamente.

Sarah se secó la traspiración de la frente con el delantal. Estaba atemorizada. No sabía qué hacer. Pensó en volver a la cocina y explicarle a Astruga que ella era vieja para tantas cosas. Ella era cocinera y no podía luchar en contra de nadie. Si alguien entra al palacio, "Qué sea Dios quien los proteja." Ella no podía proteger a nadie. Así había sido cuando mataron a su madre y a su tía en Valencia, "que en paz descansen," repitió varias veces, como si el decir "que en paz descansen" le diera confianza.

Se detuvo un momento. Le traspiraba el cuello. La gota en el dedo gordo no la dejaba caminar. Pensó que no podía seguir trabajando con la familia. Ella la había servido bien, pero desde hacía meses que estaba cansada. Nunca se sabía si alguien inventaría cosas de ella. El domingo de Pascua habían llevado al quemadero a un pobre negro y seguramente seguirían llevando a otros. "Ya ni saben a quién más llevar," dijo suspirando.

Se detuvo y escuchó a los hombres que detrás del portón continuaban gritando. Sería mejor que hable con el párroco de la Catedral. El párroco la entendería. Si él la quiere bautizar, que la bautice. Total muchos habían hecho lo mismo para vivir en paz. "Mucha angustia, mucha angustia." Sería mejor que se

fuera a vivir con su hermana en Segovia. Le habían dicho que en esa ciudad las cosas estaban mejor y que allí se respetaban a los judíos.

Por el momento no diría nada, pero un día, sin que nadie sepa, una mañana temprano, se iría. Abandonaría el palacio y si preguntaban por ella, bueno, había desaparecido. Y ya. Eso sería lo mejor.

Sarah estaba en estos pensamientos cuando llegó a la dependencia de los sirvientes.

Dos hombres que no había visto nunca estaban sentados alrededor del fogón.

"¿Quiénes son ustedes?" preguntó sin acercarse.

Uno le respondió, "El nuevo jardinero."

No se atrevió a preguntar más. "Ah." exclamó.

"La señora solamente quiere que ustedes vayan a la puerta principal con los arcabuces."

Uno de los hombres soltó como una carcajada, que estremeció a Sarah.

Prendieron sus arcabuces y siguieron a Sarah en silencio.

Cuando llegaron frente al portón, Jacobo dio la orden, "Apunten hacia adelante."

Alguien dio un fuerte golpetazo al portón. Era Jimeno que había vuelto. Pedía que le abrieran.

Junto con Jimeno entraron dos sirvientes de la familia Alfachín. Querían hablar con la señora. Astruga, que había subido a las habitaciones del segundo piso, bajó apresuradamente, acompañada de Dulcia y Beatriz.

Los sirvientes explicaron que el señor Alfachín los había enviado para prevenirlos. Habría problemas. Se decía que el populacho planeaba incendiar algunas casas. Creían que las de los conversos, en el Carrer de Sant Honorat, o en el Carrer de la Font, como se llamaba en ese entonces. Ya habían destruido un negocio de un comerciante de monedas en el Carrer el Miracle, o en el Carrer Paradís. Pedían a gritos la muerte del dueño, un hombre de unos setenta años, al que seguramente torturarían y luego matarían. No se sabía si este comerciante

era judío o no, pero parece que tenía relaciones comerciales con Amberes y esto era lo que causaba sospecha. Vivía en un asentamiento de comerciantes hebreos.

"¿Lo matarán?," preguntó Beatriz, que detrás de su madre escuchaba el relato.

"Bueno, señorita, el Rey no está. ¡Vaya a saber uno lo que pasará con el hombre!"

"¿Podrán romper el portón del palacio? " preguntó Beatriz.

"Tendrán que romper dos puertas si quieren entrar," dijo Astruga."

"¿Qué vamos a hacer, mamá?"

"Ya te dije ayer," gritó Dulcia. "Nos matarán a todos."

"Deja de gritar, hija."

Sarah se encogió los hombros. "Así será."

"Shh... ¿Cómo dice eso Sarah?" Astruga pidió silencio y con la mirada señaló a los escuderos que los rodeaban.

Los escuderos de la familia Alfachín preguntaron si tenían algún mensaje.

"No hay mensaje," dijo Astruga. "No podemos abrir las puertas."

"Tenemos que retornar, señora."

"Saltiel," dijo Astruga, "los hombres con los arcabuces tienen que estar al lado del portón."

Los escuderos de Alfachín dejaron el palacio. Sarah les pidió a Dulcia y a Beatriz que la acompañaran a la cocina, "prepararé un potaje." Pensaba que en esta forma las jóvenes se calmarían y una cierta paz entraría nuevamente.

Beatriz caminó al lado de Sarah. Dulcia se acercó a las ventanillas a inspeccionar la calzada. Acercó un pequeño baúl en donde pararse para poder ver mejor. Después de unos breves momentos, gritó desesperada

"Mamá, hay gente en la calle. ¡Qué horror! Raquel... Unos hombres..." Dulcia no continuó. Se bajó de su tarima y tropezó con uno de los ladrillos. Cayó al lado de la escalerilla que llevaba a la cocina.

"¿Quién? ¿Quién?" dijo Beatriz mientras corría a mirar por la ventanilla.

Astruga tomó a Beatriz de la mano. "No puedes mirar." Beatriz forcejeó y se desprendió de su madre.

Astruga se dio vuelta y miró a los hombres que conversaban al lado del portón. Les tuvo desconfianza. ¿Abrirían el portón?

Beatriz gritaba "¡Es tía Raquel. Es tía Raquel! Está al lado del portón!" Dulcia se sentó en la silla de madera. Parecía como si se hubiera desmayado.

Con horror, Astruga vio a Raquel en medio de cuatro hombres, que le tironeaban la capa.

Astruga cerró los ojos. Beatriz corría desesperadamente alrededor de la fuente del jardín.

Astruga se sentó al lado de Sarah y le tomó la mano. Sarah rezaba uno de los salmos penitenciales.

Beatriz volvió al sótano, "La van a matar. La van a matar." Se acercó al ventanal, pero inmediatamente se tapó el rostro con las manos y se alejó.

Astruga se paró y miró como unos de los hombres arrancaban el manto de Raquel y le quitaba el corpiño. Raquel pateaba. Un segundo hombre le agarró las piernas.

Astruga volvió a sentarse. Tuvo miedo de perder el conocimiento. Se sentían los gritos de Raquel.

Astruga se paró nuevamente y volvió a mirar.

Unas tres mujeres, que rodeaba a los hombres, gritaban aplaudiendo a un compás rítmico: "judía, judía, ya te la daremos." El hombre que la tenía presa de las manos, le besaba los pechos. Un tercer hombre se acercó a Raquel y con furia, la cacheteó. Raquel dejó de patear. El que la había cacheteado la volvió a cachetear.

"Se ha muerto, se ha muerto. Han matado a Raquel," dijo Astruga en voz baja.

Sarah se paró todavía repitiendo los versos del Salmo.

El griterío llegaba hasta adentro, "Dale, dale... Enséñale a ser mujer."

Astruga vio con horror como el que la había abofeteado con un rápido movimiento le arrancó la enagua y violentamente penetraba el cuerpo semi-desnudo de Raquel, que parecía completamente inerte en la calzada de ladrillos.

El hombre sacudía su cuerpo al compás de los aplausos de las mujeres.

Astruga lloraba sin poder controlarse. Dulcia se acercó a su madre y la abrazó. "Creo que ha muerto, mamá."

Astruga se sentó entre Dulcia y Beatriz y las tres, tomadas de la mano, recitaron, en un apenas audible murmullo, el **Kadish**.

Después de un largo rato, los gritos de las mujeres cesaron. Astruga no se animaba a pararse. Ya nadie miraba por la ventanilla.

"Será mejor que te recuestes mamá," dijo Dulcia.

Beatriz explicó que se sentía muy enferma.

Sarah y Dulcia ayudaron a Astruga que parecía que no podía caminar.

Atravesaron el jardín.

Dulcia se sentía cansada. El ánimo de Beatriz era tan malo como el de su hermana. Creía que no iban a llegar nunca al primer piso.

Sentaron a Astruga en la escalera sobre un almohadón. Beatriz se quedó con Astruga y Dulcia volvió al sótano.

Sarah ayudaba a Saltiel y a Jacobo a cubrir nuevamente la ventanilla.

Agoi estaba parada al lado de Sarah.

Escucharon otros gritos. Esta vez más cerca de la puerta. "Aquí la tienen, aquí está la de ustedes."

Astruga bajó las gradas corriendo.

Saltiel quiso detenerla,

"Abran el portón," gritó Astruga.

"No. Deje que la señora descanse en paz, dijo Agoi."

"No. Nadie abra," dijo Dulcia. "Mi tía está muerta."

"Tenemos que abrir," dijo Sarah. Saltiel pensó lo mismo.

Cetrino abrió el portón de madera.

El cuerpo de Raquel estaba al lado del portón. Unos curiosos miraban desde lejos. Astruga atravesó el portón y se tiró sobre el cuerpo de Raquel. Sarah caminó apresuradamente detrás de ella.

El cuerpo desnudo de Raquel estaba cubierto de barro y de la basura que habían descartado la noche anterior.

Astruga besó a Raquel y notó que respiraba. "Rápido, Saltiel, Jacobo. Está viva."

Jacobo ayudó a Saltiel con el cuerpo de Raquel.

"Rápido a la cocina. A la habitación de Sarah," decía Astruga.

En cuanto recostaron a Raquel, Astruga se tendió nuevamente sobre su cuerpo.

"Mamá," dijo Beatriz, "nos iremos, nos iremos de aquí. Nos iremos a algún lado en donde vivamos en paz."

Astruga puso su mejilla al lado del rostro de Raquel y le susurraba al oído, "ya nos iremos de aquí."

"No la podremos subir a las habitaciones."

Beatriz se arrodilló al lado de Raquel. Le acarició el moreno rostro y le besó las sienes. Beatriz se sacó la estrella azul que tenía colgada de una cadenita de oro y la puso sobre el pecho de Raquel.

Eulalia quería ayudar.

Los hombres todavía con los arcabuces en las manos miraban con ojos de asombro y miedo. Astruga les pidió a los sirvientes semanales que se retiran a sus habitaciones. "Necesitamos solamente a Cetrino. Cuidará el portón."

Agoi limpió el cuerpo de Raquel que estaba cubierto de moretones marrones y rojos. La envolvieron con una sábana limpia y la cubrieron con una frazada. "La señora Raquel tiene lastimada las piernas," dijo Sarah, "será mejor que caliente unos paños con azufre y los deje sobre las heridas así no se infectan."

Raquel apretó la mano de Astruga.

Sarah trató de que bebiera agua dulce. "Eso le hará bien señora." Raquel temblaba levemente.

Astruga sentada al lado de la cama acariciaba el cuerpo. Raquel parecía reaccionar poco a poco. Abrió los ojos y se notaba que quería explicar algo. Astruga le hizo seña de que no hablara.

Después de un largo rato cuando Raquel aceptó beber el caldo que le había preparado Sarah, Astruga les pidió a sus hijas que se reunieran en el cuarto de costura. "Será mejor que pasemos la noche juntas, como lo hemos hecho antes. Esperaremos hasta que tu padre llegue y veremos que haremos. Elisenda y Sarah cuidarán a Raquel. Agoi y Eulalia que suban con nosotros."

Ezequiel dormía acurrucado en un sillón. Beatriz Le pidió a Eulalia que no dejara a Ezequiel solo nuevamente. "El niño corre por todas partes. Dulcía no lo puede cuidar."

"No hay nadie para hacer las cosas, la ropa, los pisos. No puedo hacer tantas cosas, señorita"

Beatriz se sentó al lado del fogón de leña.

Quería pensar en Arnau. El miedo comenzó a atormentarla. No estaba segura si Arnau recibiría la nota. Se daba cuenta de que sería imposible enviarle otra.

La leña del fogón se había consumido. Beatriz miró a su madre y a Dulcía. Dormían. Se levantó y caminó hacia donde estaba Agoi.

Le movió el brazo. Agoi se despertó.

"Tengo miedo de enloquecerme, Agoi."

Agoi le pidió que se recostara en un almohadón cerca suyo. Beatriz empujó un almohadón cerca de la puerta y apretó la mano a Agoi.

En medio de la noche, Astruga bajó a ver a Raquel. Sarah tejía a su lado sin dormir.

Miró a su vieja sirvienta y sintió una increíble pena. En ese momento decidió que tenían que dejar Barcelona lo antes posible.

Tres días después llegó de vuelta Don Ysaac. Al enterarse de Raquel, Don Ysaac se alarmó. Después de revisarla, explicó que la recuperación sería lenta y que no se podía decir con seguridad si el niño en su vientre había sido lesionado. Todavía

vivía. Sus latidos eran fuertes y acompasados, pero solamente cuando nazca se sabrá si será saludable.

Don Ysaac pensó que sería mejor que una vez que Raquel pueda caminar suba a las habitaciones del segundo piso hasta que salga de estado. Luego se vería la forma de sacarla del país.

Don Ysaac sabía que habían delatado a Don Efraín por haber ayudado económicamente a un tal Luis Díez, un humilde zapatero, que vivía cerca de la Plaça del Àngel, y que se decía ser el Mesías. En realidad muchos habían ayudado a Luis Díez. Pero una vez que lo aprisionaron y lo colgaron de la polea y que sus brazos comenzaron a desgarrarse, Luis Díez, en medio de quejidos y gritos, implicó a Don Efraín. Don Ysaac suponía que los que abusaron de Raquel sabían lo de Luis Díez.

La semana siguiente llegó la noticia de que una muchedumbre había destruido la judería de Valencia. Unas humildes mujeres que estaban en el mercado fueron acuchilladas. Corrían las voces de que treinta niños de toda edad habían muerto en manos de la turba, algunos apretados, otros decapitados, otros abiertos con cuchillos. Se decía que algunos hombres desnudaban a los niños y, cuando veían que estaban circuncidados, los mataban.